

Debates de estrategia en la Tercera Internacional sobre la “cuestión colonial”: de las “Tesis de Oriente” a la subordinación a los nacionalismos burgueses de Stalin

Debates of strategies for the third International about the “colonial question”: of the “Thesis of Orient” to the subordination to bourgeois nationalisms of Stalin

Debates de estratégia na Terceira Internacional sobre a “questão nacional”: das “Teses do Oriente” à subordinação aos nacionalismos burgueses de Stalin

Paula Schaller

Resumen

En este artículo nos proponemos realizar un abordaje de la política de la Tercera Internacional hacia la cuestión nacional centrado en el desarrollo de los debates de programa y estrategia que ésta cuestión suscitó tanto antes como después de su burocratización. Entendiendo que el debate sobre la “cuestión nacional” es el debate sobre qué clase social puede dirigir la lucha por su consumación íntegra, y alrededor de qué programa y estrategia, nos interesa marcar cómo la relación entre lucha por la liberación nacional y revolución socialista estructuró importantes debates de estrategia revolucionaria al interior de la III Internacional.

Palabras clave: Cuestión nacional. III Internacional. Teoría marxista.

Si la “cuestión nacional” ha sido históricamente materia de debate al interior del movimiento socialista internacional, podríamos decir que a lo largo del s. XX ésta experimentó un cambio de carácter que puso en el centro de la atención a los países de la periferia capitalista. Mientras en la época de ascenso capitalista en la que vivieron Marx y Engels los movimientos nacionales y el

* Lic. en Historia por la Universidad Nacional de Córdoba. Doctoranda en Historia, en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina).

Recebido em: 14/09/2012 Aprovado em 20/12/2012
<http://dx.doi.org/10.5335/hdtv.13n.1.3048>

debate sobre la “cuestión nacional” estaban esencialmente ligados a los tardíos procesos de formación de los Estados nacionales europeos allí donde no se había conquistado aún la unificación nacional o a las distintas nacionalidades oprimidas en Europa; a lo largo del s. XX, con la consolidación del imperialismo, la “cuestión nacional” se vinculó más a la “cuestión colonial”, es decir a la lucha de los pueblos coloniales y semicoloniales por la conquista de su independencia frente al imperialismo.

No obstante, habría que esperar hasta la formación de la Tercera Internacional¹ para que el movimiento socialista revolucionario se dotara de una concepción, una estrategia y un acervo teórico-programático que contemplara el apoyo a la lucha de los pueblos asiáticos, africanos y latinoamericanos por su emancipación, puesto que la Segunda Internacional mantuvo una concepción y una política que no integraba la lucha de los pueblos oprimidos por el imperialismo.

De hecho, si bien Marx y Engels habían hecho hacia la década del 70 del s. XIX aportes programáticos al movimiento revolucionario alrededor de la cuestión nacional irlandesa, a la que ligaron estrechamente con la lucha por la revolución social en Inglaterra adoptando la premisa “no puede ser libre un pueblo que oprime a otros pueblos”, éstas conclusiones no se generalizaron hacia el conjunto de los pueblos coloniales y la posterior creciente burocratización de la Segunda Internacional tuvo su correlato en una política cada vez más abiertamente eurocentrista y pro-imperialista. La III Internacional, fundada en 1919 al calor del triunfo

de la revolución rusa defendió desde sus inicios una perspectiva para unir la lucha por la revolución socialista del proletariado de los países imperialistas a la lucha de colonias y semicolonias por sacudirse el yugo del imperialismo, tareas que eran enfocadas como parte del proceso de conjunto de la revolución socialista internacional. La superación del divorcio promovido por la Segunda Internacional entre los intereses del proletariado de los países capitalistas avanzados y los atrasados constituyó un gran avance que, sin embargo, no estuvo exento de contradicciones programáticas, suscitadas centralmente por el aún escaso desarrollo estructural del proletariado en las colonias y semicolonias en las primeras décadas del s. XX.

Puesto que el debate sobre la “cuestión nacional” es el debate sobre qué clase social puede dirigir la lucha por su consumación íntegra, y alrededor de qué programa y estrategia, en este artículo nos proponemos realizar un abordaje de la política de la Tercera Internacional hacia la cuestión nacional centrado en el desarrollo de los debates de programa y estrategia que ésta cuestión suscitó tanto antes como después de su burocratización. Nos centraremos en el debate sobre el lugar que ocupa la lucha por la liberación colonial en la estrategia de la revolución mundial, lo cual nos remite a las polémicas sobre las etapas del proceso revolucionario. Esta discusión comienza con el propio Marx, el debate sobre las etapas del desarrollo histórico y la necesidad de transitar por la fase de desarrollo capitalista como premisa para el surgimiento del proletariado como clase capaz de abolir las relaciones capitalistas de producción, concentrar los medios de

producción y avanzar hacia el socialismo. Consideramos aquí el término en la acepción que tuvo en los debates teórico-políticos en el seno de la socialdemocracia rusa de principios del s. XX alrededor del carácter social de la futura revolución rusa. Por ser éste un país atrasado, con pervivencia de relaciones feudales en el campo y un régimen político autocrático, se entendía que las tareas a resolver por su revolución serían las históricamente conquistadas por las revoluciones democrático-burguesas de los s. XVIII y XIX: derrocar al absolutismo zarista, establecer una constitución democrática, liberar al campo de su estructura semifeudal, liberar las nacionalidades oprimidas y crear un mercado nacional unificado que favoreciera el desarrollo del capitalismo industrial. De aquí, la gran mayoría de los marxistas rusos, particularmente los mencheviques, dedujeron una concepción etapista del proceso revolucionario, sosteniendo que como la revolución tendría un carácter democrático burgués por sus tareas, debía ser encabezada por la burguesía liberal y al movimiento obrero sólo le correspondía en esta etapa limitarse a la lucha por la República burguesa y por reivindicaciones inmediatas, dejando para una futura etapa la lucha por la revolución socialista. Contrario a esta estrategia, Lenin y Trotsky sostuvieron la incapacidad de la burguesía rusa, ligada por múltiples lazos a los terratenientes y temerosa de desatar la movilización revolucionaria de las masas, de encabezar la revolución que consumara las tareas planteadas. Fue Trotsky quien, analizando el desarrollo desigual y combinado que hacía de Rusia un país agrario atrasado a la vez que poseedor de un

complejo industrial altamente concentrado y moderno, opuso a esta estrategia etapista una concepción y una estrategia *permanen-tista*, planteando que las tareas democráticas sólo podrían ser resueltas por la conquista del poder por el proletariado en alianza con el campesinado². Una vez tomado el poder, la profundización de las medidas necesarias para dar resolución a las tareas democráticas empujarían al proletariado a avanzar sobre la propiedad burguesa, transcreciendo la revolución en socialista.

Aquí, utilizamos las categorías de etapismo y semi-etapismo con el contenido que acabamos de sintetizar para remitir a la relación establecida entre la lucha por la liberación nacional y la revolución socialista. Al respecto, nos interesa plantear que si bien puede hablarse de cierto “semi-etapismo” en la política hacia la cuestión nacional formulada por la III Internacional antes de su stalinización -sistemizada en las resoluciones del IV Congreso del año 1922 comúnmente conocidas como “Tesis de Oriente” –, ya que pese a que allí se señala la incapacidad de las burguesías nativas de encabezar la lucha por la ruptura definitiva de toda sujeción al imperialismo no se termina de postular al proletariado como sujeto social y políticamente dirigente de estas tareas; la estrategia hacia la cuestión nacional sostenida por la Internacional Comunista bajo la dirección de Stalin revirtió los aspectos más avanzados de la política anterior y retrocedió a una concepción etapista absoluta de la revolución y la lucha por la liberación nacional, otorgando al proletariado una ubicación políticamente subordinada a los movimientos nacionalistas burgueses. Ahora bien, mientras que

a principios de los años 20 el problema de la relación entre la lucha contra el imperialismo y la revolución socialista no contaba “a su favor” con un gran desarrollo de los procesos revolucionarios en el mundo colonial y semicolonial, la política formulada por Stalin se sostuvo aún cuando la propia experiencia en el mundo colonial mostraba el carácter reaccionario de las burguesías nativas y la potencialidad de la clase obrera en la lucha contra el imperialismo, tal como sucedió en la revolución china de 1925-27.

En este marco, fue el programa de la IV Internacional el que, recogiendo las lecciones estratégicas de esta revolución, sostuvo lo más progresivo del programa histórico de la Tercera Internacional y superó sus límites programáticos avanzando hacia la generalización de una estrategia y una teoría que ligaba la cuestión nacional a la lucha por la revolución socialista, postulando a la clase obrera como sujeto dirigente de la lucha por la liberación nacional de las colonias y semicolonias.

La Tercera Internacional antes de la stalinización: la mecánica de la revolución mundial: el semi-etapismo de las “Tesis de Oriente”

La cuestión colonial tuvo un peso destacado desde el Primer Congreso de la III° Internacional en 1919, cuyas resoluciones contienen una serie de *Tesis sobre los problemas nacional y colonial* donde se planteaba como una cuestión clave de la estrategia revolucionaria la alianza de las masas proletarias de los países avanzados y atrasados por

el “ derrocamiento de los terratenientes y de la burguesía, ya que sólo un acercamiento de esta clase garantiza el triunfo sobre el capitalismo, sin el cual es imposible suprimir la opresión nacional y la desigualdad de derechos.”³ Generalizando para el conjunto de los pueblos coloniales y nacionalidades oprimidas las conclusiones de los escritos de Marx sobre Irlanda, la naciente Tercera Internacional planteaba en su manifiesto a la clase obrera mundial:

La emancipación de las colonias es concebible sólo en conjunción con la emancipación de la clase obrera de las metrópolis. Los obreros y campesinos, no sólo de Anan, Argelia y Bengala, sino también de Persia y Armenia, sólo lograrán su independencia cuando los obreros de Inglaterra y Francia, habiendo derrocado a Lloyd George y a Clemenceau, hayan tomado el poder estatal en sus manos. Aún ahora, la lucha en las colonias más avanzadas, aunque se libre sólo bajo la bandera de la liberación nacional, adquiere inmediatamente un carácter social, definido con mayor o menor claridad. Si la Europa capitalista arrastró violentamente a los sectores más atrasados del mundo al torbellino de las relaciones capitalistas, la Europa socialista vendrá en ayuda de las colonias liberadas con su tecnología, organización e influencia ideológica para facilitar su transición a una economía socialista planificada y organizada. ¡Esclavos coloniales de África y Asia! ¡La hora de la dictadura proletaria en Europa será para vosotros la de vuestra emancipación!⁴

En este esquema, como vemos, lucha antiimperialista de los países oprimidos sólo puede consumarse si se apoya en la lucha revolucionaria del proletariado de los países centrales. Ya que si bien, a diferencia de la II° Internacional, la III° erigió un nexo entre

la lucha antiimperialista y la lucha por la revolución socialista, este no se plantea aún en términos de la perspectiva de extensión de la revolución socialista a los países de desarrollo atrasado. De hecho, en sus tesis sobre la cuestión nacional y colonial de 1920, Lenin plantea una formulación ambigua que deja abierta la posibilidad de desarrollo de movimientos democrático-burgueses revolucionarios:

(...) nosotros, como comunistas, sólo debemos apoyar y sólo apoyaremos los movimientos burgueses de liberación en las colonias en el caso de que estos movimientos sean verdaderamente revolucionarios, en el caso de que sus representantes no nos impidan educar y organizar en un espíritu revolucionario a los campesinos y a las grandes masas de explotados. Si no se dan esas condiciones, los comunistas deben luchar en dichos países contra la burguesía reformista, a la que también pertenecen los héroes de la II Internacional.⁵

Si bien por ejemplo Trotsky en su informe ante el Tercer Congreso de la Internacional Comunista de 1921 se diferenció de esta formulación, planteando que

la base para la lucha de liberación de las colonias está constituida por las masas campesinas. Pero los campesinos necesitan una dirección para su lucha. Tal dirección era proporcionada por la burguesía nativa. La lucha de ésta última contra la dominación extranjera no puede, sin embargo, ser coherente o enérgica ya que la propia burguesía nativa está íntimamente ligada con el capital extranjero y representa en gran medida una agencia del capital extranjero. Sólo el levantamiento de un proletariado nativo lo suficientemente fuerte numéricamente, y capaz de luchar, puede brindar un eje real a la revolución.⁶

Todavía esta cuestión permaneció indefinida programáticamente, y sería en el Cuarto Congreso de 1922, al calor de la extensión de los movimientos de lucha por la liberación nacional, que la Internacional Comunista diera a sus formulaciones anteriores sobre la cuestión colonial y nacional un contenido político-programático más concreto y acabado con las “Tesis Generales sobre la Cuestión de Oriente”, donde se plantea como una tarea democrática central la cuestión agraria:

En la mayoría de los países de Oriente (India, Persia, Egipto, Siria, Mesopotamia), la cuestión agraria presenta una importancia de primer orden en la lucha por la liberación del yugo del despotismo metropolitano. Al explotar y arruinar a la mayoría campesina de los países atrasados, el imperialismo la priva de los medios elementales de subsistencia, mientras que la industria poco desarrollada diseminada en diversos puntos del país, es incapaz de absorber el excedente de población rural que, por otra parte, tampoco puede emigrar. Los campesinos pobres que permanecen en sus tierras se transforman en siervos. De allí se deriva que la lucha por la supresión de las barreras y de los tributos feudales aún existentes reviste el carácter de una lucha de emancipación nacional contra el imperialismo y la gran propiedad fundiaria feudal.⁷

Ahora bien, si como veremos las “Tesis” avanzaron en definir el carácter reaccionario de las burguesías nativas en tanto incapaces de encabezar la lucha por la consumación íntegra de la emancipación del imperialismo y de las tareas democráticas centrales como la cuestión agraria, la política contenida en estas se inscribe aún en el esquema estratégico de la revolución mun-

dial que Lenin había prefigurado con anterioridad al estallido de la guerra, en el que aún no estaba planteada la perspectiva de la hegemonía obrera en la lucha por el socialismo en los países atrasados. Puesto que si bien en la revolución rusa Lenin había avanzado hacia el punto de vista permanentista formulado por Trotsky, planteando que las tareas de la revolución burguesa sólo podían ser resueltas por la conquista del poder por el proletariado que, dirigiendo a las masas campesinas, avanzaría contra la propiedad burguesa; la experiencia revolucionaria de Oriente aún no se había desarrollado lo suficiente como para generalizar dichas premisas hacia el conjunto de los pueblos oprimidos por el imperialismo. “En este sentido, la hipótesis global de Lenin y la III^o Internacional combinaba el alzamiento del proletariado de Occidente y de los movimientos de emancipación nacional en las colonias, pero ponía de relieve la necesidad de un mayor desarrollo de la clase obrera y de los partidos comunistas autóctonos, para que éstos pudieran plantearse la cuestión de la toma del poder por el proletariado.”⁸

No obstante esto, de la misma forma que Lenin aún en la etapa previa a su adopción de una concepción permanentista de la revolución rusa (recordemos que hasta 1917 Lenin sostuvo que la revolución democrático-burguesa, no sería dirigida por la clase obrera avanzando hacia el socialismo sino que, por el peso del campesinado, había que luchar por un gobierno revolucionario basado en la “dictadura democrática de obreros y campesinos”, que todavía no fuese más allá de la propiedad privada, pero barrera el Estado zarista, entregara la tierra a los campesinos y abriese un camino para el desarrollo

del capitalismo ruso, para permitir el fortalecimiento del proletariado y su lucha por el poder)⁹ planteaba que nada podía esperarse de la burguesía liberal para la resolución de las tareas democráticas acuciantes como el problema agrario, lo avanzado de las “Tesis de Oriente” precisamente consistía en que ligaban la resolución de la cuestión nacional a la lucha contra la burguesía:

Las tareas objetivas de la revolución colonial superan el marco de la democracia burguesa. En efecto, su victoria decisiva es incompatible con la dominación del imperialismo mundial. En un comienzo, la burguesía y los intelectuales nativos asumen el papel de pioneros de los movimientos revolucionarios coloniales. Pero desde el momento en que las masas proletarias y campesinas se incorporan a esos movimientos, los elementos de la gran burguesía y de la burguesía fundiaria se apartan, cediendo el paso a los intereses sociales de los sectores inferiores del pueblo. Una larga lucha, que durará toda una época histórica, espera al joven proletariado de las colonias, lucha contra la explotación imperialista y contra las clases dominantes autóctonas que aspiran a monopolizar todos los beneficios del desarrollo industrial e intelectual y pretenden que las masas permanezcan como antes, en una situación “prehistórica”.¹⁰

En este sentido, disentimos con el planteo de Paolo Casciola que en su artículo “Trotsky y las luchas de los pueblos coloniales: la estrategia y la táctica” define la política colonial de la Internacional Comunista previa a su salinización como etapista, sin ver ninguna modificación entre las formulaciones de los primeros años ‘20 y las “Tesis de Oriente”, que precisamente parten de la incapacidad de las burguesías nativas de desplegar una lucha antiimperialista hasta el final. Casciola plantea que “en lo que

concierno a la revolución en los países coloniales y semi-coloniales, la política oficial de la Komintern (...) continuó basándose en una perspectiva esencialmente etapista, que tomaba como premisa la capacidad de la burguesía nacional de llevar a cabo las tareas democráticas de la revolución ‘anti-feudal’”¹¹ Desde nuestro punto de vista, no puede plantearse etapismo en la medida en que las tesis no formulan, como los mencheviques rusos, la necesidad de una etapa de consumación de la revolución democrático-burguesa en que la burguesía encabece la lucha por la independencia nacional y el reparto de la tierra. No obstante, en las tesis no se derivan de esta incapacidad burguesa las conclusiones político-estratégicas necesarias al no plantear a la clase obrera como clase social y políticamente dirigente de esas tareas. Límite que es no sólo político sino esencialmente histórico, al estar el proletariado escasamente desarrollado en la mayoría de las colonias, tal como destacan las tesis: “El joven movimiento obrero oriental es un producto del desarrollo del capitalismo indígena de estos últimos tiempos. Hasta el presente, la clase obrera indígena, inclusive si se considera a su núcleo fundamental, está atravesando una época transitoria, encaminándose del pequeño taller corporativo a la fábrica de gran tipo capitalista.”¹²

Por eso, la política formulada por las “Tesis de Oriente”, es “el frente único anti-imperialista”, es decir un bloque de todas las clases opuestas al imperialismo, incluida las propias corrientes burguesas con las que se planteaba la posibilidad de acuerdos coyunturales siempre y cuando se resguardara la independencia política de los comunistas dentro de ese frente único:

En los países occidentales que atraviesan un período transitorio caracterizado por una acumulación organizada de las fuerzas, ha sido lanzada la consigna del frente proletario único. En las colonias orientales, es indispensable, en la actualidad, lanzar la consigna del frente antiimperialista único. La oportunidad de esa consigna está condicionada por la perspectiva de una lucha a largo plazo contra el imperialismo mundial, lucha que exige la movilización de todas las fuerzas revolucionarias. (...) Así como la consigna del frente proletario único ha contribuido y contribuye todavía en Occidente a desenmascarar la traición cometida por los socialdemócratas contra los intereses del proletariado, así también la consigna del frente antimperialista único contribuirá a desenmascarar las vacilaciones y las incertidumbres de los diversos grupos del nacionalismo burgués. (...) Esa consigna ayudará al desarrollo de la voluntad revolucionaria y al esclarecimiento de la conciencia de clase de los trabajadores, incitándolos a luchar en primera fila, no solamente contra el imperialismo, sino también contra todo tipo de resabio feudal. El movimiento obrero de los países coloniales y semicoloniales debe, ante todo, conquistar una posición de factor revolucionario autónomo en el frente antimperialista común. Sólo si se le reconoce esta importancia autónoma y si conserva su plena independencia política, los acuerdos temporarios con la democracia burguesa son admisibles y hasta indispensables. El proletariado apoya y levanta reivindicaciones parciales, como por ejemplo la república democrática independiente, el otorgamiento de derechos de que están privadas las mujeres, etc., en tanto que la correlación de fuerzas existente en la actualidad no lo permita plantear la realización de su programa soviético. A la vez, trata de lanzar consignas susceptibles de contribuir a la fusión política de las masas campesinas y semiproletarias con el movimiento obrero.¹³

Como vemos, es una política orientada a fortalecer políticamente a la clase obrera en la lucha antiimperialista, pero partiendo precisamente de la incapacidad de ésta de ubicarse como clase dirigente en la realización de las tareas nacionales y avanzar hacia un programa “sovietista”, de abolición de la propiedad privada, entrelazando así las tareas burguesas con tareas propias de la clase obrera contra la burguesía “nacional”.

Es en este sentido que consideramos que la concepción trazada por las “Tesis” en cuanto a la revolución en Oriente tenía un carácter *semietapista*, ambiguo, que señala la incapacidad de las burguesías nativas de realizar las tareas nacionales pero no postula al proletariado como la clase de relevo de la burguesía en relación a estas tareas. Carácter ambiguo que se deriva esencialmente de la “imposibilidad de generalizar la experiencia rusa a países en los cuales la clase obrera tenía un desarrollo menor que en Rusia y los comunistas no tenían peso entre las masas”.¹⁴ Sin señalar este aspecto, se corre el riesgo de establecer una mera continuidad que borre las contradicciones entre la política del IV Congreso y la orientación que a partir del V Congreso fijó Stalin para las colonias y semicolonias.

De la independencia política obrera a la subordinación a los nacionalismos burgueses. La política estalinista hacia la cuestión colonial

Como dijimos, pese a no inscribirse en una perspectiva permanentista que enlazara la lucha por las tareas democráticas con

las socialistas, las Tesis tuvieron el mérito de buscar fortalecer al proletariado como actor político independiente, en la perspectiva de erigirlo como caudillo de las masas explotadas:

Dos tareas fundidas en una sola incumben a los partidos comunistas coloniales y semicoloniales: por una parte, lucha por una solución radical de los problemas de la revolución democrático-burguesa cuyo objeto es la conquista de la independencia política; por otra parte, organización de las masas obreras y campesinas para permitirles luchar por los intereses particulares de su clase, utilizando para ello todas las contradicciones del régimen nacionalista democrático-burgués. Al formular reivindicaciones sociales, estimularán y liberarán la energía revolucionaria que no encontraba salida en las reivindicaciones liberales burguesas. La clase obrera de las colonias y semicolonias debe saber firmemente que sólo la ampliación y la intensificación de la lucha contra el yugo imperialista de las metrópolis pueden asignarle un papel dirigente en la revolución y que la organización económica y política y la educación política de la clase obrera y de los elementos semiproletarios son los únicos que pueden aumentar la amplitud revolucionarla del combate contra el imperialismo.¹⁵

Esta orientación, piedra angular de la política de la IC hasta su IV Congreso, fue revertida desde el V Congreso, que coincidió con el avance del proceso de burocratización de la URSS y de la propia Internacional. Fue el V Congreso de 1924 que, negando la magnitud de la derrota de la política seguida por la Internacional Comunista en Alemania en 1923¹⁶, adoptó la tesis de “radicalización del campesinado”:

Como se producían en el proletariado manifiestos desplazamientos hacia la derecha, la Internacional Comunista entró en una fase de idealización de los campesinos, exagerando, sin criticarlos, todos los síntomas de ‘ruptura’ entre ellos y la sociedad burguesa, coloreando vivamente toda clase de organizaciones campesinas (...) Se sustituía cada vez más la tarea de la vanguardia proletaria, que es luchar amplia y tenazmente contra la burguesía y la demagogia seudocampesina para influir en la parte más desheredada de las aldeas, con la esperanza de que los campesinos desempeñarían un papel revolucionario directo e independiente nacional e internacionalmente. Durante 1924, es decir, durante el año fundamental de la ‘estabilización’, la prensa comunista insertó datos completamente fantásticos sobre la fuerza de la Internacional Campesina, que acababa de organizarse. Su representante, Dombal, decía en su informe que, seis meses después de su creación, esta organización agrupaba ya a varios millones de miembros. (...) Durante todo el año 1924, la prensa de la Internacional Comunista no se cansa de hablar de la “radicalización” general “de las masas campesinas”. ¡Como si de esta radicalización de los campesinos pudiese esperarse un resultado válido en un periodo en el que, manifiestamente, los obreros van hacia la derecha, en que la socialdemocracia se refuerza y se consolida la burguesía!¹⁷

Acorde a esto, el V Congreso proclamó al Kuomintang, el partido de la burguesía nacionalista china, como “partido simpatizante” argumentando que su base le daba un carácter campesino, al tiempo que se abrió el camino para la política de ingreso del Partido Comunista Chino (PCCCh) al mismo. Según la dirección de la IC stalinizada, la revolución democrática en las colonias y semicolonias debía transitar por una fase in-

termedia que implicaba el desarrollo “hasta el final” de las relaciones capitalistas, para impulsar más adelante la fase de la revolución socialista. Para esta “revolución nacional” la IC sostenía la necesidad de una alianza estratégica del proletariado con el ala “revolucionaria” de la burguesía agrupada en el Kuomintang, que en esos momentos tomaba distancia respecto del imperialismo, fundamentalmente inglés, y estaba enfrentado con los dictatoriales regímenes de los Señores de la guerra en la zona norte del país. Al proletariado le correspondía compartir el poder con la burguesía china en un gobierno revolucionario “común”, formulando la consigna de Lenin de “dictadura democrática de obreros y campesinos”, que éste había concebido en sentido contrario: la alianza del proletariado y el campesinado contra la burguesía liberal. “Mientras Lenin había superado ya esta consigna en sus Tesis de Abril, los dirigentes de la IC la utilizaban para encubrir una clásica política menchevique de conciliación de clases. Pero el desarrollo del proceso revolucionario demostró el carácter contrarrevolucionario de esta política.”¹⁸

De esta forma, el stalinismo revirtió los aspectos más avanzados de la política anterior, que claramente formulaba la necesidad de la más absoluta independencia política respecto de la burguesía: “Los partidos comunistas de los países coloniales y semicoloniales de Oriente, que se hallan todavía en un estado más o menos embrionario, deben participar en todo movimiento apto para abrirles una vía de acceso a las masas. Pero deben llevar a cabo una lucha enérgica contra los prejuicios patriarco-corporativos y

contra la influencia burguesa” ; retrocediendo a la doctrina menchevique de la revolución por etapas, que establecía que como la revolución era burguesa, antiimperialista, antifeudal o democrática, el proletariado no podía plantearse la lucha por el poder sino que debía limitarse a una política de colaboración con el sector progresista de la burguesía.

Los debates sobre la segunda revolución China: el carácter de la revolución en las colonias y el rol de la burguesía nacional

En la Crítica al programa del VI Congreso de la IC Trotsky plantea una analogía que subraya la importancia de las polémicas sobre la segunda revolución china de 1925-1927 para la lucha de estrategias al interior de esta: “Fue mediante el análisis de la experiencia, de los errores y de las tendencias de la Revolución de 1905 como se constituyeron definitivamente el bolchevismo, el menchevismo y el ala izquierda de la socialdemocracia alemana e internacional. El análisis de la experiencia de la revolución china tiene hoy la misma importancia para el proletariado internacional.” Así sería, de hecho, ya que fue a partir de la experiencia china que, por un lado, el stalinismo avanzaría a erigir en estrategia la concepción de los países “maduros” y “no-maduros” para la revolución obrera mientras que, en las antípodas, Trotsky avanzaría a la generalización de la teoría de la revolución permanente, dotando al marxismo revolucionario de una teoría, un programa y una estrategia de la revolución mundial, entrelazando en los

países oprimidos las tareas nacionales con la lucha por la revolución socialista. Y esto porque la revolución china permitió examinar el carácter reaccionario de la burguesía nativa a la vez que el potencial del proletariado en un país esencialmente campesino.

De hecho, cuando a mediados de 1925 el proletariado de Shangai, organizado en el Consejo General de los sindicatos, declaró la huelga general contra las compañías inglesas, iniciándose un movimiento huelguístico que se extendió a otras ciudades como Hong Kong, a sectores de las compañías e industrias “nacionales” y al propio campesinado, que se agitaba contra los terratenientes, la dirección del Kuomintang, en lugar de ponerse a la cabeza de esta lucha, se concentró en aplastar esta tendencia de las masas a la acción directa y a la independencia de sus reivindicaciones. Así, el Kuomintang se negó a levantar la consigna de la reforma agraria, que hubiese posibilitado la alianza revolucionaria entre el proletariado y el campesinado, mientras que el PCCh, subordinado a la dirección del Kuomintang, estaba impedido de realizar una agitación independiente de esta consigna.

A lo largo de 1926, a medida que avanzaba en la expedición militar al norte para unificar la nación, el Kuomintang fue demostrando su carácter contrarrevolucionario en el campo, donde los campesinos que espontáneamente se alzaban tomando en sus manos la lucha contra los terratenientes, suprimiendo las rentas, etc. eran fusilados por revoltosos.

A su vez, el proletariado de Shangai que mediante la insurrección y la huelga del 21 de marzo de 1927 había dominado la ciu-

dad esperando a las tropas nacionalistas y que había sido obligado por el PCCh a entregar las armas, fue masacrado por orden de Chiang Kai Shek, cabeza del Kuomintang. Miles de comunistas y obreros fueron fusilados, mientras el Kuomintang, que ya había negociado la unificación china con los señores de la guerra, prohibió las huelgas y los sindicatos. En el transcurso de solo dos años la experiencia china mostró cómo la pretendida “revolución nacional” se transformaba en contrarrevolución burguesa.

Luego de esta experiencia, la IC mantuvo la política de sostener al PCCh dentro del Kuomintang, lanzando la directiva de integrarse al nuevo gobierno en Wuhan junto a la “izquierda” de este partido, enfrentada con Chang Kai Chek. Nuevamente, se reeditaría en Wuhan la misma represión anticomunista que en Shanghai, esta vez bajo el ala del sector de “izquierda” de la burguesía. Ante esta nueva derrota, Stalin y la IC giraron a una política ultraizquierdista de inmediata toma del poder, en pleno retroceso del proletariado de las ciudades. La clase obrera y los comunistas de Cantón se alzaron el 11 de diciembre contra el Kuomintang, tomando el control de la ciudad, y pese a que finalmente el alzamiento fue derrotado producto del aislamiento a que la misma política previa de la IC había conducido a los obreros de Cantón, esta experiencia dejó importantes lecciones, de las que Trotsky hizo un análisis dialéctico. Contra aquellos que aún después del alzamiento de Cantón sostenían la imposibilidad de la dictadura del proletariado en China, señaló. “El programa incluía no sólo la confiscación de cualquier propiedad feudal que aún existiera en China; no sólo el

control obrero de la producción, sino también la nacionalización de la gran industria, la banca y el transporte, así como la confiscación de las viviendas burguesas y todas sus propiedades para uso de los trabajadores (...) Surge la duda. Si tales son los métodos de una revolución burguesa ¿qué aspecto tendría la revolución socialista en China?”.¹⁹

Esta experiencia recrudesció los debates en el seno de la IC alrededor del carácter de los procesos revolucionarios en las colonias. En el VI Congreso del año 1928, se fijó una política hacia la cuestión colonial que retornaba a las primeras elaboraciones de los años 20: “El VI Congreso de la Internacional Comunista declara que las Tesis sobre la cuestión nacional y colonial elaboradas por Lenin y adoptadas por el II Congreso han conservado su plena significación y deben servir como norma para el trabajo ulterior de los Partidos Comunistas.”²⁰ Consecuentemente, se adoptó la teoría de la necesidad de la etapa democrático-burguesa en los países oprimidos:

En el movimiento revolucionario de estos países se trata de la revolución democrático-burguesa, vale decir de la etapa de la preparación de los presupuestos para la dictadura proletaria y la revolución socialista. (...) La transición de la revolución a la fase socialista requiere la existencia de (...) presupuestos (...) Lo más importante es directamente el desarrollo de un fuerte partido comunista con gran influencia sobre las masas, cosa que en estos países resultaría un proceso lento y difícil en sumo grado si no lo acelera la revolución democrático-burguesa que ya brota de las condiciones objetivas de esos países. La revolución democrático-burguesa de las colonias se distingue principalmente de la revolución democrático-burguesa de un país indepen-

diente en el hecho de que está orgánicamente vinculada con la lucha nacional de liberación contra (...) los imperialistas.²¹

De ahí, se derivaba el supuesto carácter objetivamente revolucionario de la burguesía en las colonias y semicolonias:

La posición de la burguesía en la revolución democrático-burguesa tiene, en su mayor parte, un carácter discrepante, y sus vacilaciones conforme se desarrolla la revolución son aún más fuertes que entre la burguesía de un país independiente. (...) El capitalismo jamás cederá voluntariamente la dominación soberana de la burguesía, la posibilidad de un desarrollo capitalista 'libre' y autónomo ni la hegemonía sobre el pueblo 'independiente' a la burguesía nacional. Aquí tenemos un antagonismo objetivo y fundamental de intereses entre la burguesía nacional del país colonial y el imperialismo. A este respecto, el imperialismo exige la capitulación de la burguesía nacional.²²

Trotsky rechazó de plano esta atribución de un rol objetivamente revolucionario a la burguesía colonial, destacando que si bien Lenin había subrayado la necesidad de diferenciar la nación burguesa que oprime de la nación burguesa oprimida como cuestión central para la lucha contra el imperialismo, de ninguna manera elevaba las guerras de liberación nacional por encima de las revoluciones democrático-burguesas: "en ninguna parte [afirmó Lenin] que la burguesía de un país colonial o semicolonial, en la época de la lucha por la liberación nacional, fuera más progresista y más revolucionaria que la burguesía de un país no colonial en el período de la revolución democrática. Nada exige que sea así en el plano teórico; la historia no lo confirma. No es posible demostrar que el

liberalismo y la democracia burguesa chinos hayan mostrado más altura y capacidad revolucionarias que sus homólogos rusos."²³

Trotsky planteaba que era necesario evaluar la actitud de cada burguesía local no respecto al imperialismo *en general*, sino en relación a las tareas históricas revolucionarias que estaban a la orden del día en su propio país. Así, planteaba, mientras el derrocamiento del zarismo feudal fue un factor de progreso en la vieja Rusia, derribar el yugo imperialista era un factor histórico de progreso en China: "Pero la conducta de la burguesía china con relación al imperialismo, al proletariado y al campesinado, no solamente no es más revolucionaria que la conducta de la burguesía rusa con respecto al zarismo y las clases revolucionarias de Rusia, sino que tal vez sea todavía más reaccionaria y cobarde."²⁴ Señalaba que la actitud del Kuomintang con respecto al imperialismo había sido desde el principio no sólo no revolucionaria, sino totalmente colaboracionista: "el Kuomintang buscaba derrotar a los agentes de ciertas potencias imperialistas para entablar posteriormente negociaciones con estas mismas potencias o con otras, en condiciones más ventajosas."²⁵

Del profundo análisis de las tendencias sociales y políticas de la revolución china Trotsky sacó la conclusión de que allí las tareas de la revolución democrática sólo podrían ser resueltas sólo bajo la dirección del proletariado urbano, a partir de lo cual hizo una generalización de la perspectiva permanentista que había trazado para el caso ruso a principios de siglo, estableciendo la siguiente mecánica interna Trotsky establecerá la siguiente mecánica interna:

“La dictadura del proletariado que sube al poder en calidad de caudillo de la revolución democrática, se encuentra inevitable y repentinamente, al triunfar ante objetivos relacionados con profundas transformaciones del derecho de propiedad burguesa. La revolución democrática se transforma directamente en socialista, convirtiéndose con ello en permanente”.²⁶

A nivel de la revolución internacional, para Trotsky la experiencia de la revolución china eliminaba el problema de la distinción entre países ‘maduros’ y no ‘maduros’ para el socialismo, ya que el propio capitalismo, al crear un mercado mundial, una división mundial del trabajo y fuerzas productivas mundiales, se encargaba de preparar la economía mundial en su conjunto para la transformación socialista.

A modo de conclusión

En el presente artículo hemos intentado hacer un breve recorrido por algunos de los debates suscitados en relación a la cuestión colonial en la III^o Internacional, mostrando en qué sentido fueron la piedra de toque de la disputa de estrategias políticas contrapuestas al interior de ésta. Si en general en el ámbito latinoamericano, por el peso histórico de las corrientes nacional-populistas, se ha instalado casi como sentido común la necesidad de la alianza entre la clase obrera y las burguesías “nacionales” en función de las tareas de emancipación del imperialismo y la resolución de la cuestión agraria, hemos intentado historizar este viejo debate precisamente para problematizar y poner en cuestión ese sentido común.

Así, hemos visto cómo desde el ángulo de la estrategia y la teoría marxista, el problema de la lucha contra el imperialismo y su relación con la revolución socialista, pasó por diversos estadios de elaboración, ligados estrechamente al desarrollo de los procesos revolucionarios en el mundo colonial y semicolonial, desde las tempranas elaboraciones de los primeros años ‘20 hasta los años finales de la década en donde Trotsky generaliza la teoría de la revolución permanente. La época imperialista produjo un cambio importante en relación al esquema de la revolución mundial que habían establecido los marxistas revolucionarios en las primeras décadas del siglo XX: ya no hay solo un proletariado lo suficientemente maduro para tomar el poder, sino que la posibilidad de revoluciones proletarias, que en la época de Marx se limitaba al centro capitalista, se extiende a la periferia. Trotsky introduce una noción muy importante: las masas de los países semicoloniales y periféricos, en su lucha contra la dominación imperialista, no tenían que esperar la lucha del proletariado de los países centrales, sino que podían lanzarse a la conquista del poder y comenzar la construcción del socialismo.

De esta forma, Trotsky, a la vez que refutaba los fundamentos de la política de apoyo a la burguesía “nacional”, seguida por Stalin en China, dotaba a la tradición marxista clásica de una teoría de la revolución a escala mundial, en la cual quedaban superados los puntos de vista semietapistas de las elaboraciones tempranas de la III^o Internacional respecto a la revolución en el mundo colonial y semi-colonial.

In this article we aim to address the Communist International (Comintern) policy to the national question, focused on the development of the program and strategy discussions that raised this issue both before and after its bureaucratization. Understanding that the debate on the “national question” is the debate on what social class can lead the struggle for full consummation, and about which program and strategy, we want to set down how the relationship between the struggle for national liberation and socialist revolution structured important revolutionary strategy discussions within the III International.

Keywords: III International. Marxist theory. National question.

Resumo

Neste artigo nos propomos a realizar uma abordagem da política da Terceira Internacional relacionada à questão nacional, centrado no desenvolvimento dos debates de programa e estratégia que essa questão suscitou tanto antes como depois de sua burocratização. Os trabalhos são marcados pela compreensão de que o debate sobre a “questão nacional” é o debate acerca de que classe social pode dirigir a luta por sua consumação íntegra, bem como acerca de que programa e estratégia lhes eram concernentes. Nos interessa marcar como a relação entre luta por libertação nacional e revolução socialista estruturou importante debates de estratégia revolucionária no interior da III Internacional.

Palavras-chave: Teoria Marxista. Questão nacional. III Internacional.

- ¹ En este artículo usaremos invariablemente las denominaciones Tercera Internacional, III Internacional e Internacional Comunista (IC).
- ² Cfr. TROTSKY, León, *La teoría de la revolución permanente* (compilación), CEIP León Trotsky, Buenos Aires, 2000.
- ³ *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, v. I, Cuadernos de Pasado y Presente, México, p. 96.
- ⁴ *Ibidem*, p. 113.
- ⁵ LENIN, Vladimir, “Informe de la Comisión para los problemas nacional y colonial”, 26 de Julio de 1920, en Marxists Internet Archive <http://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1920s/internacional/congreso2/03.htm>
- ⁶ En TROTSKY, León, “Informe sobre la crisis económica mundial y las nuevas tareas de la Internacional Comunista” (23 de junio de 1921), en TROTSKY, León, *Los primeros cinco años de la Internacional Comunista*, v. II, Editorial Pluma, 1974, p. 223.
- ⁷ “Tesis generales sobre la cuestión de oriente”, Resoluciones del IV Congreso de la IC, en *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, Izquierda Revolucionaria, p. 418-419.
- ⁸ DAL MASO, Juan, “La ilusión gradualista. A propósito del nacionalismo, la retórica “socialista” y el marxismo en América Latina”, en AAVV *Lucha de Clases. Revista marxista de teoría y política*, segunda época, junio de 2007, p. 111.
- ⁹ Cfr. TROTSKY, León, “Tres concepciones sobre la revolución rusa”, en TROTSKY, León, *La teoría de la revolución permanente*, Centro de Estudios, Investigaciones y publicaciones León Trotsky, 2005.
- ¹⁰ “Tesis generales sobre la cuestión de oriente”, op. cit., p. 421-422.
- ¹¹ CASCIOLA, Paolo, “Trotsky y las luchas de los pueblos coloniales: la estrategia y la táctica”, en AAVV, *Estrategia Internacional. Revista trimestral de teoría marxista y política internacional*, nº 16, año VI, 2000, p. 53.
- ¹² “Tesis generales sobre la cuestión de oriente”, op. cit., p. 420.
- ¹³ *Ibidem*, p. 423.
- ¹⁴ DAL MASO, Juan, op. cit., p. 113.
- ¹⁵ “Tesis generales sobre la cuestión de oriente”, op. cit., p. 420.

- ¹⁶ Para un análisis de la misma cfr. ALBAMONTE, Emilio, MAIELLO, Matías, “Trotsky y Gramsci, debates de estrategia sobre la revolución en ‘Occidente’”, en AAVV, *Estrategia Internacional. Revista de Teoría y Política marxista revolucionaria*, n. 28, año XXI, Septiembre de 2012.
- ¹⁷ TROTSKY, León, *Stalin. El gran organizador de derrotas. La III Internacional después de Lenin*, Ediciones IPS-Museo Casa León Trotsky, 2012, p. 154.
- ¹⁸ “La revolución china”, en *La Verdad Obrera* n° 149, 15 de Octubre de 2004.
- ¹⁹ Carta de Trotsky a Preobrazhensky, 19 de abril de 1928, en TROTSKY, León, *La teoría de la revolución permanente. Compilación*, op. cit., p. 381.
- ²⁰ “Tesis sobre el movimiento revolucionario en las colonias y semicolonias”, en *VI Congreso de la Internacional Comunista, Tesis manifiestos y resoluciones*, Primera parte, Cuadernos de Pasado y Presente, 1977, p. 188.
- ²¹ *Ibidem*, p. 205.
- ²² *Ibidem*, p. 209.
- ²³ TROTSKY, León, *Stalin, el gran organizador de derrotas*, op. cit., p. 223.
- ²⁴ *Ibid.*
- ²⁵ *Ibidem*, p. 237.
- ²⁶ TROTSKY, León, *La Teoría de la Revolución Permanente*, op. cit., p. 520-521.